

FRANCISCO CASARIEGO, O CUANDO EL ARQUITECTO PINTA A SU TIERRA

En la Galería Biosca, por la que tan acostumbrados estamos a asomarnos al panorama del arte más contemporáneo, se ha abierto ahora una ventana imprevista. La más imprevista de las ventanas: la de la normalidad pictórica.

Y llamamos en esta ocasión normalidad a esa pintura de un difícil equilibrio entre la academia y la inquietud, un paso más hacia atrás y sería sólo ejercicio escolar, un paso más, hacia adelante y sería vanguardia pictórica. El arquitecto Francisco Casariego es el que nos abre esa ventana con sus lienzos.

Una confesión previa. Ignorábamos totalmente quién era Francisco Casariego, pero siendo esta la revista de los arquitectos españoles es obligado ocuparse en ella de toda actividad creativa de los mismos; y siendo estas páginas en donde tratamos de reflejar algo de lo importante que sucede en el arte español, era obligado ocuparse de la exposición de pinturas de un arquitecto. Todo esto que se dice no es una justificación, pero sí una aclaración.

La exposición de Casariego nos sorprendió. Y nos sorprendió por la vía que menos esperábamos, que es la apuntada al principio: la de la normalidad en difícil equilibrio. Verdaderas ventanas son estos óleos de Casariego, mesurados, tranquilos, reposantes, asomados a los paisajes húmedos de la jugosa Asturias, en los que la luz nunca es rotunda, sino filtrada a través de gruesas capas de nubes; nubes grises, nubes blancas, nubes rosadas muy pocas veces. Siempre nubes, pero no para apesadumbrarnos, sino para tranquilizarnos el corazón y la retina.

La pintura de Francisco Casariego no hiera, no sobresalta, no nos obliga a tomar partido en favor o en contra, es como esos sedantes de los que ahora tanto uso y abuso hace la humanidad dolida. Sedantes sin el peligro de que un exceso de ellos acabe con el que los ingiere. Pasamos de una ventana a otra, es siempre el mismo y diferente paisaje en el que nos complacemos de permanecer, es, para decirlo con una terminología muy de ahora: una verdadera cura de "relax".

Pintura correcta, de auténtica profesionalidad, en la que no existe nada de aficionado en cuanto este supone "amateur". Pintura sentida con todas las fibras del cuerpo por partes iguales, desde el cerebro al corazón, o sea, desde el raciocinio a la emotividad. Esta pintura de

Casariego nos llega con retraso, no es este su momento, aunque pueda ser que lo vuelva a ser algún otro día más o menos lejano. Nos recuerdan estos óleos a los que los médicos ricos y cultos tenían en sus salas de espera hace algunos años, antes de que los médicos estuviesen a "la page" artística.

Entre los paisajes velazqueños de la Villa Médicis y los paisajes de los primeros impresionistas españoles: Avendaño, Juan Espina, Carlos Haes, Eliseo Meifrén, habría que situar la estética de Francisco Casariego, o sea, entre el impresionismo menos virulento. Seguramente en los años en que fueron hechos muchos de estos óleos estaban más justificados que ahora, pues siempre el pintor tiene la opción de escoger entre los extremos de su propia tendencia. Casariego no escogió el extremo más rebelde del impresionismo: Regoyos, Sorolla, Zuluaga, tal vez porque no participaba de esa rebeldía, o porque no le pareció elegante manifestarla. No hay que olvidar que él era un profesional de la arquitectura que ostentaba cargos públicos de responsabilidad en una ciudad en la que todas las manifestaciones personales deben ser de muy cuidada corrección. Pero sospechamos que muy en el fondo de sus posibilidades existía un

germen rebelde que no maduró, o que fue abortado antes de nacer. No es lo mismo pintar en Oviedo, siendo arquitecto municipal, que pintar en Madrid no siendo nada más que pintor. Las libertades de expresión no pueden ser las mismas. Y esta sospecha nos la confirma las mismas obras de Casariego ya excedente de su función municipal; imperceptiblemente, su pintura se manifiesta más espontánea, menos atendida a rigores formales, más rebelde, hasta cierto punto. Un cierto punto que Casariego nunca traspasó totalmente; no sabemos si para suerte o para desgracia.

La luz triste del norte, tan lleno de matices, los horizontes cerrados de barreras de montañas, las estrecheces de los valles locales, quedan bien fijados en estos óleos de Casariego, tan correctos. Es esta una exposición que ya no es frecuente encontrar en las Galerías, ni siquiera en las especializadas en estos períodos y mucho menos en las especializadas en un cierto punto, no demasiado extremado, del arte contemporáneo. Y ¿por qué no decirlo? nos agradó encontrar una exposición así. Ha sido como volver a gustar un sabor que ya teníamos olvidado en la memoria lejana, como escuchar una melodía querida, como regresar al paisaje



natal del que hace muchos años que salimos para ver el mundo diverso y trepidante.

De pronto, con esta exposición de Francisco Casariego nos reencontramos en un punto en el que todo está igual que siempre estuvo. Y que nos sorprende de que así sea, de que así permanezca, sin ningún cambio, sin ningún sobresalto.

Otro arquitecto poeta, o sea persona doblemente sensible, Luis Felipe Vivanco, ha escrito palabras sobre Casariego que nos complacemos en reproducir, porque ellas ilustran perfectamente nuestro mismo pensamiento: "No estoy seguro de que el pintor Casariego —arquitecto de profesión y, por tanto, voluntariamente sometido a reglas y medidas— haya sido hombre de grandes y terribles alucinaciones en el seno de su naturaleza asturiana. Lo que sí sé, porque me lo dicen sus cuadros, es que en cualquiera de ellos hay mucha más realidad sorprendente de esa naturaleza y, al mismo tiempo, mucha más presencia visible de la parte invisible del hombre



que en todas esas alucinaciones que podría haber tenido y tal vez no tuvo nunca". (1).

Para los que, como yo, no sabíamos nada de este pintor, recojo algún dato biográfico. Francisco Casariego Terrero nació en Oviedo en 1890, ciudad en donde falleció en 1958. Cursó la carrera de Arquitecto en Madrid, terminándola en 1916. Casado con Milagros H. Vaquero, hermana del arquitecto y pintor Joaquín Vaquero, del que fue a su vez maestro en pintura. Arquitecto de la Delegación de Hacienda de Oviedo y más tarde arquitecto municipal de la misma ciudad. Durante muchos años decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias y León.

De su pintura, algo hemos hablado. Pintura en la que hay más campos que ciudades, más colinas, árboles, praderas, que rincón urbano. En realidad, más que Casariego, este arquitecto-pintor debería llamarse Paisariego o Campariego.

(1) L.F.V. Prólogo al catálogo de la Exposición, Madrid, abril 1971.